

Beuchot, M. (2025). *Contornos de hermenéutica y conocimiento. Publicar al Sur*. 194 páginas. ISBN: 978-607-26897-0-1

DOI: 10.5281/zenodo.21520875

Luis Gabriel Mateo Mejía 

Instituto Tecnológico Superior P'urhépecha, Michoacán, México
egl.luis.mateome@gmail.com

Es obligado señalar que el filósofo mexicano Mauricio Beuchot cuenta con más de un centenar de trabajos especializados en hermenéutica. Como encargado del área de ciencias filológicas en la Universidad Nacional Autónoma de México, sus estudios sobre el lenguaje proporcionan una visión amplia y clara sobre las aplicaciones que tiene el pensamiento analógico en todas las disciplinas de las ciencias sociales y humanas, trabajo indispensable en la actualidad para renovar nuestra sociedad.

En la “Introducción”, Beuchot plantea el recorrido de este proyecto y su aplicación a la vida cotidiana. Partiendo de una base gnoseológica, pretende construir una hermenéutica crítica, con base en los avances de filósofos actuales. Con ello puede pasar a una filosofía moral, que es una reflexión muy atinada sobre el sentido de la vida hoy en día. Esta búsqueda de sentido es también una búsqueda de la verdad; por ello, una metodología apropiada para conocerla implicará una base metafísica que nos permita acceder a la realidad. Es sabido que, en la actualidad, la metafísica ha sido desestimada por muchos pensadores contemporáneos, por lo que resulta necesario rescatarla y posicionarla. El autor rescata dicha base desde una reflexión sobre el trascendentalismo idealista kantiano, debido a que Kant ha sido una base sólida para el desarrollo del pensamiento modernista. Finalmente, cierra con un conjunto de reflexiones que traen a la luz las ventajas de este nuevo realismo analógico, así como la manera adecuada de cimentar las bases del nuevo racionalismo analógico.

“Hacia una hermenéutica analógica desde la filosofía” es el fundamento de este ensayo. La hermenéutica se nos presenta como la rama de la filosofía que interpreta los textos, pero es asimismo parte de la filosofía del lenguaje, dentro

de la semiótica, que contiene a la sintaxis, la semántica y la pragmática. A su vez, la analogía, como modo de significar, es una proporción del juicio que funge como mediación entre lo equívoco y lo unívoco, para buscar la posición de la interpretación con límites. Esta es la más acertada. Al aplicar este eje de pensamiento a la historia de la filosofía, encontramos que tanto la metáfora como la metonimia son propias de este encuadre, lo que permite interpretar textos científicos y literarios.

De hecho, la antropología filosófica ha tomado la hermenéutica analógica para rescatar al sujeto de la tardomodernidad y colocarlo dentro de un personalismo analógico-icónico, necesario en la actualidad. Resaltan algunos pensadores que han logrado conjuntar la inteligencia con la voluntad en la libertad humana, como Burgos, Sosa, Lévinas, entre otros. Lo que lleva al plano de las virtudes, especialmente las epistémicas, a la medida, el equilibrio y la búsqueda hacia el encuentro con el “otro”, aun con la configuración que este nos pueda proporcionar. Sobresale así el cuidado del cuerpo y del alma, y la aceptación de la justicia como elementos esenciales para nuestra vida cultural y social. Además, la apertura a la trascendencia, pues el ser humano es ante todo un microcosmos, síntesis del mundo material y de lo ininteligible; no se podría perfilar un mejor contorno para los fundamentos de la dignidad y los derechos humanos.

Al momento de hablar de “Filosofía, hermenéutica y pensamiento crítico” —pensamiento que ha estado presente desde la antigüedad, ya que la filosofía es por naturaleza crítica—, se hace una revisión del impacto del modernismo en la sociedad, especialmente del positivismo lógico que, muy inclinada la balanza hacia la univocidad, ha mantenido las ciencias del espíritu en crisis desde la misma esencia ontológica. Sin embargo, el proceso de crítica no es negativo, sino que requiere de equilibrio y agudeza, por eso se habla de un regreso a la justicia y a una ética de mínimos, como lo menciona Cortina. Recientemente, la visión desde la hermenéutica y, especialmente, la analógica, nos regresa al camino adecuado. Favorece el juicio de interpretar la realidad, como ya lo mencionaba Aristóteles, en *Peri hermeneias*.

En este contexto, la hermenéutica constituye un pensar crítico; sin embargo, hay diversas corrientes, como la de Apel, Habermas o Arenas, por lo que hay que tener en cuenta hacia dónde manifiestan el ideario dentro de una *polis* como la nuestra. Resolutivamente, tenemos el reto de solucionar graves problemas. Las críticas que se han suscitado al interior de la filosofía, específicamente desde el romanticismo y el posmodernismo, han conducido a un mal empeño del pensar, infligiendo una negación del carácter absoluto del conocimiento y una desva-

lorización de la vida. Es comprensible cómo en la época de las grandes guerras mundiales permeó el negativismo en todos los niveles; no obstante este atisbo, es precisamente este pensamiento crítico, igualmente dialéctico, el que nos hace girar nuevamente hacia una plataforma filosófica más realista. Quizá con cierta ironía, siendo la misma historia la que nos muestra la herencia del pensar crítico a través de los procesos de interpretación.

En “Hermenéutica analógica y ética” se exponen algunos puntos de la antropología filosófica debido a que la ética presupone una idea de hombre. Es decir, se pretende considerar una ética analógica y, para ello, se retoma la pregunta por el ser humano como microcosmos; en consonancia, es un ser análogo con el mundo y con el prójimo. Razón por la cual se deja a un lado la univocidad, argumentando *ad humanitatem*. Se pretende dejar lo equívoco de las ideas causalistas sobre la esencia de los valores, especialmente su fenomenología, puesto que modelos como el de Heidegger o Scheler solamente llegan a una interpretación de la facticidad. Falta una conexión con lo ontológico del valor sin que tenga que perder su aplicabilidad; esto lo encontramos en una axiología analógica en donde el ser humano es un símbolo e ícono; es, por naturaleza, el ser más elevado de todos los entes. Igual ante un destello de luz, el hombre como metáfora del universo nos lleva necesariamente a una ética analógica, en donde el diálogo, la proporción y la porción de interpretación dan importancia al texto simbólico que es la vida misma.

Nos encontramos con la ética de las virtudes, especialmente la capacidad moral de una episteme apropiada para una axiología analógica. Se observa la ventaja de este modelo, ya que permite revalorar con mayor claridad tanto el ámbito político como el teológico. Esta es una realidad que encuentra Beuchot desde el siglo XVII en América Latina, debido a que el Barroco tiene un fondo analógico que ofreció consecuencias pedagógicas importantes. Una de ellas fue la educación de los sentimientos, así como la enseñanza para educar el juicio. El *ethos* barroco fue muy fructífero en el desarrollo de la emocionalidad y la *frónesis*. Como resultado, vemos un cosmopolitismo analógico, así como un republicanismo analógico que, cada uno dentro de sus límites, ha seguido propiciando virtudes cívicas como la colaboración, la solidaridad, el debate y la formación del multiculturalismo.

Esto no quita ciertos reclamos de la ética a la sociedad: sus flagelos siguen presentes, como la migración forzada, tanto en América del Norte como en Europa; la pobreza sin salida, en muchos países con total desprotección de la sociedad; el daño a la juventud por las drogas y estupefacientes que habla de estructuras sociales disfuncionales; así como la tristeza insoportable de la guerra en Ucr-

nia. En conjunto, este razonamiento ético nos pide empatía y responsabilidad, virtudes que encontramos en las voces de los grandes humanistas de la historia. En la actualidad, resulta tan necesario retomar un humanismo que contribuya a entender la paradoja existencial que circunscribe al ser humano, razonablemente su intencionalidad final, cognoscitiva y volitiva lo hace buscar su anhelo de felicidad. A fin de cuentas, los tres ejes cardinales de la ética correlacionan al “otro” con lo que se quiere y con la pulsión de ser, como decía Spinoza, *conatus existendi*.

Como uno de los temas fundamentales de este texto, tenemos “Hermenéutica, vida y sentido”. Es necesario dejar atrás el tiempo en que la filosofía conducía a un sinsentido o relativismo moral; también se debe considerar que la salud que proporciona la medicina implica la de la mente y del alma, no solo del cuerpo. Una filosofía de la medicina apropiada deberá buscar reflexionar sobre el sentido de la vida; de la misma manera, la hermenéutica de la enfermedad nos propone el ejercicio de encontrar una hermenéutica de la salud. Hay que recordar que algunos posmodernos como Foucault y Derrida han contribuido a la deconstrucción total del sujeto, incluso en el plano metafísico. Recordemos cómo los fármacos de los que nos habla Platón, en el *Banquete*, hacen la función de psicología o psiquiatría que, a manera de *katharsis*, purificaba o curaba para obtener el equilibrio proporcional del organismo.

En este sentido, el poder del logos va en amparo de la sabiduría, que es más notable en la historia que el feroz ataque nietzscheano a la cultura. Vemos así que la semiótica no es simplemente una institución más para la sociedad, como el *homo sacer*, de Agamben, cayendo en una sociedad que incluso promueve la locura. Por el contrario, la semiótica es una herramienta de la hermenéutica para lograr la salud. Por otra parte, la salud corporal no queda completa sin la salud filosófica y esta, a su vez, no queda completa sin una reflexión sobre la muerte. Sospechosamente, muchas veces es un tema tabú e incluso queda reprimido por el hedonismo actual. Se visualiza la muerte sin su horizonte comunitario, vivimos un ambiente de sadismo social y colectivo, donde hay indiferencia por el dolor y la angustia ajena. Deseamos que los otros *mueran en paz*, integrando así una postura unívoca y evadiendo una razonable postura analógica que se requiere, como la virtud de la empatía.

En último lugar, la enfermedad y la muerte nos conducen a la reflexión sobre el sentido y el placer de la vida. Si no sabemos disfrutar y ser felices, no sabemos vivir adecuadamente, para lo cual necesitamos una dote sólida de realismo. Nuestro patrimonio no es un solipsismo subjetivista sin salida, tampoco un objetivismo obtuso, sino la mediación de los extremos en donde se encuentra el

hombre con el mundo, el sujeto con el objeto de manera dialógica y crítica, no ingenua o dogmática. La conciencia de estos fenómenos deberá proveernos de humildad y abajamiento ante un vasto universo, sin perder el sentido de dignidad de nuestra existencia.

Como ya es cimiento y raíz en el pensamiento de Beuchot, su trabajo se ha enfocado en pasar del pensamiento tardomodernista a un nuevo realismo, por ello retoma “La verdad en la filosofía postmoderna: hacia un realismo analógico”. Según la filosofía de la historia, desde la perspectiva de Hegel, la dialéctica tendría que llevarnos a una nueva síntesis, es decir, un pensar unívoco. Beuchot retoma el razonamiento por oposiciones que está presente en el pensar hipermoderno, pero sin quitar los límites de dichos razonamientos, dejando que el acomodo de la objetividad se asiente solo en función de la realidad. Para lograrlo, se enfoca en la cara sociológica de la verdad. Desde Baudrillard (1929-2007), el pesimismo de una sociedad posmarxista es claro en su camino hacia una deshumanización social, la vida como teatro y con un sentido muy escéptico y anarquista.

En el caso de Lipovetsky (1944), quien asume una posverdad, nos habla de cómo la ontología y la epistemología han sido en la historia metarrelatos, carentes de objetividad y con un pesar muy negativo. Se observa una clara tendencia equívoca y relativista. Finalmente, Bell (1919-2011) y Rorty (1931-2007), con un total corrimiento hacia el pragmatismo democrático sin valores y solo consensos, aparentemente mayoritarios, hacen ver la necesidad de un nuevo contrato social para una disfuncionalidad cultural y cívica que nos caracteriza en numerosas democracias, muy a la medida de quienes han amasado grandes fortunas.

Otras revisiones del carácter y sentimiento del ritmo social que se vivió en Europa y América del Norte a finales del siglo pasado y comienzo del presente van en la misma consonancia; por ejemplo, Foucault (1926-1984), quien procura una revuelta intelectual contra la imposición de la verdad, especialmente desde las instituciones. Inmersos en el uso del psicoanálisis como instrumento de búsqueda de la verdad, tenemos a Lyotard (1924-1998), quien disputa la verdad como un metarrelato social y cultural. Se revisa la verdad rizomática de Deleuze (1925-1995); así como la verdad diferida de Derrida (1930-2004). Estos pensares más subjetivos y con una tendencia a la negación de una verdad objetiva, llevan a Lévinas (1906-1995), quien comienza a buscar la verdad desde el encuentro con el “otro”, como un sujeto de dignidad y totalidad. Enseguida, comienza a superarse lo posmoderno. Así, MacIntyre (1929-2025), regresa a la historia de la filosofía para buscar una verdad más de corte aristotélico. Otro pensador, Vatti-

mo (1936-2023), nos muestra una verdad débil en el sentido de que la ontología no puede dar causa completa de la metafísica, aspecto esencial en Kant, puesto que da la pauta para entender el pensar analógico que se requiere en las ciencias del espíritu. Finalmente, pensadores como Sloterdijk y Žižek pertenecen a una generación diferente.

En la actualidad, muchos pensadores y académicos destacados reflexionan sobre la verdad, como Ferraris, Gabriel, Caro, Harman y Meillassoux, que han mostrado un corrimiento hacia una racionalidad realista, y es en este aspecto donde la posmodernidad comienza su quiebre para dar paso a un racionalismo analógico más centrado en el equilibrio y la imparcialidad, la neutralidad y la ecuanimidad. Es de suma importancia este nuevo análisis, puesto que diversos modelos de realismo —algunos muy duros— no alcanzan la objetividad, y otros muy débiles la pierden.

El último tema que viene a dar contorno al pensamiento crítico y refleja su aplicabilidad en la ética es, sin duda, las “Meditaciones kantianas”. Es Kant (1724-1804) quien nos hace ver que la metafísica no es una ciencia, pero no por ello carece de carácter científico, es decir, como un conocimiento apropiado y adecuado para la naturaleza humana. Tras una revisión de la doctrina kantiana, Beuchot observa e infiere la presencia del pensamiento analógico en Kant, tanto de proporción como de atribución y jerarquización, particularmente al llegar a las conclusiones sobre la necesidad de aplicar su teoría crítica y su juicio crítico de la razón práctica.

Partiendo de la *Crítica de la razón pura*, Kant plantea las preguntas: qué puedo conocer, qué puedo hacer, qué puedo esperar y qué es el hombre. A partir de ellas, se desarrolla una propuesta de la teoría del conocimiento, precisamente para lograr el conocimiento de los objetos *a priori*. Para Kant, el problema crítico deviene en un método trascendental, en donde se buscan los juicios sintéticos *a priori*, es decir, no tautológicos. La primera base es la *estética trascendental* en la que el tiempo y el espacio son categorías *a priori* y permiten fundamentar la experiencia de una causalidad para los juicios científicos, como es el caso de la física, la geometría, la aritmética y las matemáticas. El problema radica en que estas ciencias presentan fenómenos y nosotros estamos buscando no la apariencia sino el noumeno —la cosa en sí—. Por ello, para superar la experiencia, Kant recurre a la *analítica trascendental*, con el fin de extraer las categorías y formular los juicios —doce en el caso de Kant, diez en el caso de Aristóteles—. Es decir, nuestra experiencia *a posteriori* genera conocimientos de tipo sintético y sería imposible que fuera analítico a menos que superáramos la tautología con las diversas ramas del saber. Por

ello, para que la metafísica tenga posibilidad científica, más allá de la experiencia, requiere una *dialéctica trascendental* que pueda ir más allá de lo empírico. Aquí es donde Kant retoma el pensar analógico, pues solo este puede dar cabida a una fundamentación que pueda superar las costumbres y la buena voluntad.

Este es el conocimiento categórico e hipotético que muestra las antinomias que versan sobre la consistencia e incongruencia de la realidad. Por ejemplo, el mundo tuvo un comienzo, pero a la vez no ha existido el universo vacío, etc. Es aquí donde Beuchot anota la necesidad de superar el idealismo trascendental con la consistencia de un realismo moderado que solamente puede dar el racionalismo analógico, superando así el sentido racional causal unívoco que mantuvo la dialéctica trascendental kantiana.

Para cerrar, tenemos una profunda actitud de una hermenéutica realista que purifica la relación entre mito y símbolo. Desde el pensar kantiano observamos la necesidad de introducir la filosofía de la historia, pues no puede quedar al margen de una variable cosmológica y teleológica. Y esto nos remite al argumento ontológico a través del símbolo, quizás un argumento no duro, pero sí con la fragilidad suficiente para no romper el hilo conductor que supera los paralogismos del racionalismo kantiano y, por ende, para fundamentar una ética. Tenemos entonces la buena voluntad y la racionalidad crítica que formula una *polis* de paz, pero con una visión clara de la analogía en el mismo intencionalismo del ser humano; vemos también la capacidad de superar y trascender su propia realidad en sus límites.